





LA LLAMAREMOS LINA
UNA AVENTURA DEL CABO HEREDIA



Ernesto Viarde

LA LLAMAREMOS LINA
UNA AVENTURA DEL CABO HEREDIA



Primera edición: julio 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Federico Cervantes Aira

© Dibujo de portada: Duna Homedes

ISBN: 978-84-17961-42-8

ISBN digital: 978-84-17961-43-5

Depósito legal: M-24957-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España





PERSONAJES PRINCIPALES

(por orden de aparición)

Sebastián Díaz Agüero: coronel de la Guardia Civil en Asturias.

Demetrio Subises: general de la Guardia Civil en Madrid.

Teodoro Sanmillán: rector de la Universidad de Oviedo.

José Juan Benítez Heredia (**el cabo Heredia**): guardia civil en Asturias.

Julio Nicolás Aitoramendi Balenciaga, marqués de Riosapero (**«el viejo Nico»**): aristócrata venido a menos.

Fido: perrito.

Don **Florentino Pástez:** constructor.

Teófilo Parra: profesor de Económicas en la Universidad de Oviedo.

Eugenio Greñas: profesor de Filosofía en la Universidad de Oviedo.

Laura Bonilla: estudiante de Filosofía en la Universidad de Oviedo.

Hipólito Gorgorovitch (**el «Poli»**): quinqu en Gijón.

Boutassar Aroré y **Abinessam Klatkatú:** jardineros en la Universidad de Oviedo.

Sir **Humphrey Applepy:** exsecretario personal del primer ministro británico.

El Bisonte: camello en Gijón.

Fernandiño Losada Couto: alumno de Filosofía en la Universidad de Oviedo.

Wagner: perrito.

Doña **Constancia Cienfuegos:** exesposa del Marqués de Riosapero.

Serge Dubonvin: actual marido de doña Constanca, experto botánico.

y **Lina**, claro.

«Sobre las visitas turísticas no hay mucho que decir. Uno va a un sitio en el que hay una cascada. Uno se toma una cerveza, observa el agua que se desliza por la orilla y se va a otra parte. Todos los viajes son iguales. Al final, lo único que importa es la cerveza».

JACK McDEVITT; *Odisea*



Capítulo 1

*De una convocatoria urgente. Un inmenso edificio.
Una comezón. Una larva. Pescado asado. Un lujo
extraordinario. Un olorcillo sospechoso. Una mano
extendida. Un amigo de la infancia. Unos recuerdos
entrañables.*

Miércoles, 7 de septiembre de 2016 – 10.53 h.
Comandancia de la Guardia Civil, Madrid

El coronel Sebastián Díaz Agüero, responsable máximo de la Guardia Civil en la provincia de Asturias, levantó la mirada con la boca muy abierta, impresionado ante el inmenso edificio de la Dirección General de la Benemérita en Madrid. Su sobrecogimiento estaba más que justificado: al lado de aquella, la comandancia de Oviedo era una construcción insignificante, algo así como una iglesia de pueblucho perdido en el mapa al lado de la Catedral de Burgos. El coronel no pudo reprimir un escalofrío al considerar que se trataba solamente de uno de los tres edificios similares de que el Cuerpo disponía en la capital de España. En sus treintaitrés años de servicio abnegado a la Patria, el coronel Díaz Agüero había tenido como única referencia Asturias, donde las proporciones eran muy diferentes. Lo que en Madrid era pequeño, en Oviedo o Gijón era monumental; lo que en Madrid era grande, en Asturias, simplemente, no cabía. El hecho de que lo hubieran convocado

allí aquel día las máximas autoridades nacionales, con urgencia, sin darle además ninguna explicación al respecto, le había provocado un fuerte ataque de prurito generalizado.

Fue por consiguiente rascándose la muñeca izquierda y con un sentimiento de inferioridad apabullante como el coronel, tras franquear el arco detector de metales, se acercó tímidamente al mostrador de recepción del edificio. ¿Fue su imaginación o la señorita que estaba tras él lo miró como si fuera una insignificante larva que asomara por un agujerito de la manzana a la que estuviera a punto de dar un bocado?

—Buenos días, señora.

—¿Qué desea, caballero?

El coronel, sorprendido, se miró a sí mismo de reojo. No, no se había confundido: llevaba puesto su uniforme en el que destacaban los galones con sus correspondientes tres estrellas de ocho puntas, las cuales, incluso en Madrid y aunque de él se desprendiera cierto tufillo pueblerino, deberían impresionar mínimamente. Sin embargo, aquella mujer había obviado cargo y uniforme y se había dirigido a él como si fuera un triste vecino que viniera a preguntar por una calle cualquiera. El coronel dudó: ¿llamarle la atención a la chica o simular que no se había dado cuenta de lo que no dejaba de ser una enorme falta de respeto a la jerarquía? La muchacha, había que reconocerlo, estaba como para mojar pan; probablemente sería la amante de alguno de los jefazos, si no de varios, de los que allí tenían despacho. Nada, nada, mejor hacerse el tonto; era su primer día en la capital y no quería empezar haciéndose enemigos. La vida da muchas vueltas.

—Disculpe usted —dijo el coronel rascándose la rodilla derecha—. Tengo una cita con el general Subises, me convocó en esta comandancia a las once en punto. Soy el coronel Díaz Agüero, de la provincia de Asturias.

La chica se puso unas gafas que llevaba colgadas descuidadamente hasta ese momento en su más que generoso escote.

—¡Ah! Perdone, coronel, no lo había reconocido. ¿A quién desea ver?

Bueno, haber empezado por ahí. Probablemente la chica era más miope que Rompetechos. Aquello contribuyó a serenar mínimamente al coronel, que recuperó parte de su autoestima perdida.

—Estoy citado con el General Subises, me convocó en esta dirección a las once —repitió el coronel, un poco más despacio que antes, rascándose ahora la sien derecha—. Soy el coronel Díaz Agüero, de la Comandancia de Asturias.

—¿Dice usía a las once?

—Exacto. A las once... de la mañana.

—Ji, ji, ji... No va a ser de la noche, ¿no?

«No, para esas horas ya estás tú, monada», pensó el coronel exhibiendo una amplia sonrisa. Decididamente, se estaba tranquilizando. Si tenían puestos de trabajo a medida de «administrativas» como aquella es que tampoco se tomaban las cosas tan en serio, en Madrid.

—Haga el favor de aguardar un momentito —dijo la chica mostrándole, además de unos dientes perfectos, unos sillones que había frente al mostrador.

El coronel se sentó obedientemente en uno de ellos. Había varias revistas a disposición del público. Gran aficionado a la caza como era, se dispuso a leer un ejemplar de *Jara y sedal* mientras esperaba. El artículo que le llamó la atención, sin embargo, no era de caza. Se refería a la inminente electrocución de miles de ejemplares de especies piscícolas invasoras en un par de lagos de Pamplona, cumpliendo así con las reivindicaciones de diferentes grupos ecologistas. El coronel Díaz Agüero, al que siempre le habían parecido muy salvajes el garrote vil y el ahorcamiento, y que toda la vida se había mostrado partidario de otras maneras más efectivas y menos dolorosas de ejecución como la cámara de gas o la guillotina, no tenía una opinión claramente definida acerca de la electrocución. La ventaja en este caso, pensó, sería que luego ya no haría falta hacer una barbacoa para asar los peces. Estaba el coronel tratando de ver cuándo se llevaba a cabo la cosa para hacer en su caso un salto para comer pescado al regresar a Asturias, cuando la señorita del mostrador lo llamó y le dijo:

—¡Mi coronel! Ya puede subir por los ascensores del fondo. Es la 6ª planta; busque usía el despacho 13.

—Muchas gracias, guapa, muy amable —dijo el coronel, poniéndose en pie y dirigiéndose hacia donde se le indicaba.

En un ascensor forrado interiormente de caoba, con moqueta verde, dos lamparitas de diseño antiguo y un gran espejo en el que se contempló rascándose vehementemente la nariz, el coronel llegó, de nuevo con cierta angustia, a la sexta planta del edificio. Observó que el lujo no se limitaba al ascensor: había madera de la buena por todas partes, cuadros que parecían de grandes pintores, jarrones etruscos, macetas con exuberantes plantas de interior... La puerta marcada con el número 13 era la más grande de todas las que daban a un amplio pasillo. Delante de ella había un espacio destinado a sala de espera o recibidor. A un lado de la puerta había un joven ordenanza frente a una mesa con un ordenador encendido en cuya pantalla se podía ver una serie de naipes dispuestos en montoncitos. El chaval, en posición sentada, pero con la cabeza cayéndole sobre el pecho, estaba sin duda echando una siestecilla matutina.

—Ejem... —tosió el coronel— perdone si lo despierto, joven, pero tengo una reunión prevista con el general Subises.

—¿Eh? —preguntó el ordenanza, emergiendo de su sueño—... ¿Qué?

—Si me puede usted anunciar, por favor, tengo una cita con el general.

El joven ordenanza observó con detenimiento y una leve mueca de desaprobación a aquel personaje con aspecto provinciano que había interrumpido su apacible descanso.

—Soy el coronel Díaz Agüero, tengo una cita con el general a las once.

—Aguarde un momento ahí —dijo, señalando hacia un sofá de piel negra que había en el recibidor.

El coronel, abrumado una vez más por la falta de consideración

que hacia él se mostraba, no tenía ningunas ganas de sentarse otra vez, pero como aún tenía menos ganas de discutir con un mocoso imberbe e irrespetuoso, se dejó caer sobre el sillón que le habían indicado. Se fijó entonces bien en el chaval: mandíbula rectilínea con hoyuelo en la barbilla, ojos azules, pelo rubio ligeramente ondulado y peinado hacia atrás, un aire a lo Kirk Douglas, vamos... Al igual que la señorita de abajo, parecía recién salido de una revista de moda. «¿Es que para trabajar en Madrid de subalterno hay que ser modelo de portada?», se preguntó el coronel.

En fin... Sobre una mesita, al igual que en la planta baja, había varias revistas dispuestas y una de ellas era *Jara y sedal*, precisamente el mismo número que estaba leyendo poco antes en la planta baja. Lo cogió el coronel y lo abrió de nuevo por la página de los peces; le había quedado cierta duda acerca de si había leído bien: ¿eran los ecologistas los que habían organizado la sardinada? Eso le había parecido leer y, efectivamente, confirmó el dato en esta segunda lectura. «Con ecologistas como estos», pensó el coronel, «no van a hacer falta asteroides para que haya una nueva extinción masiva». Decididamente, el artículo tenía miga. Se preguntó qué habría pensado Jesucristo al multiplicar los peces para el consumo humano de este nuevo sistema de asado sistemático. No tuvo tiempo de llegar a ninguna conclusión ya que fue interrumpido en su lectura por el ordenanza.

—El coronel dice que puede pasar, general.

El coronel Díaz Agüero se sorprendió ya que, desde que él se había sentado en el sillón, no había visto moverse ni telefonar al ordenanza; probablemente le habrían dicho que cuando llegara lo tuviera esperando un par de minutos antes de hacerlo pasar. De camino a la puerta iba a comentarle al joven que el general era el que estaba dentro y el coronel era él, pero el muchacho había inclinado hacia delante la cabeza y estaba de nuevo durmiendo tan tranquilo frente a su ordenador encendido.

—¿Se... puede?

El coronel abrió la puerta del despacho tímidamente, mientras se desplegaba ante él un panorama todavía más fantástico que el que había en el exterior. No solamente había madera maciza y mármol por todas partes, sino también antigüedades suficientes como para poner una tienda en la Gran Vía (en la de Madrid, claro, en la de Oviedo hubieran podido poner con todo aquello un Corte Inglés). Había cuadros que ocupaban casi toda una pared, una chimenea espectacular, cortinas lujosas, alfombras trabajadísimas de al menos dos centímetros de espesor, un tapiz con una etiqueta que colgaba en la que ponía «Aubusson», jarrones de cobre con exuberantes flores, relojes de péndulo, un inmenso escritorio de caoba y, cuando acabó de abrir la puerta del todo, el coronel observó que había también una gran pecera con exóticos pececillos de colores en su interior. En aquel momento no había nadie en el despacho y el coronel se acercó a la pecera con curiosidad. Se preguntó si metiendo en el agua una de aquellas lámparas de mesa que había en la habitación, encendida, claro, los peces quedarían fritos de golpe. Sería interesante verlo, sí... aunque tal vez no era el momento de llevar a cabo semejante experimento. Sin duda el general Subises no apreciaría el gesto. La gente de Madrid, si quería comer pescado, disponía de muy buenos restaurantes.

En estos pensamientos estaba sumido el coronel cuando una puerta lateral, en la que ni siquiera había reparado, se abrió. Poco a poco invadió el aire un tufillo que no dejaba dudas acerca de la actividad que había estado llevando a cabo el que salía de ella ni qué tipo de cuarto era el que había detrás. Confirmando las apariencias con el gesto, el recién aparecido estaba abrochándose concienzudamente el cinturón. Cuando vio al coronel delante, sonrió y se acercó a él con la mano extendida.

—Usted debe de ser el coronel asturiano, ¿no? Bienvenido, bienvenido. Yo soy el general Subises.

El coronel observó con cierta angustia la mano del general que se aproximaba hacia él a toda velocidad. ¡Había que pensar rápido!

—¡A las órdenes de vucencia, mi general! —dijo el coronel, cuadrándose militarmente, mirando hacia el techo y dejando al general con la mano en el aire—. ¡Se presenta el coronel Díaz Agüero, de la comandancia de Oviedo para lo que vucencia guste mandar!

—¡Huy! ¡Qué antiguos son ustedes en Asturias, coronel! No hace falta que se ponga firme, hombre, que estamos entre colegas...

Pero el coronel no aflojó el cuerpo hasta que no estuvo seguro de que el general había bajado su mano.

—Dígame, ¿cómo ha ido el viaje?

—¿Eh? Bien, bien...

—Se preguntará usted, sin duda —dijo el general, ajustándose todavía los pantalones—, por qué lo hemos hecho venir desde tan lejos...

—En efecto, sí, supongo que debe de tratarse de un asunto importante.

—Lo es, lo es, claro... Pero siéntese, hombre, siéntese. ¿Quiere usted una copita? —dijo el general señalando hacia un sofá de al menos tres plazas que estaba justo al lado de la pecera—. ¿Un habano?

El general, que era un hombre de unos sesenta años, con una barriga impresionante, con la cara bastante marcada de viruelas, la nariz muy roja y redonda y un bigotillo a lo Franco, no esperó una respuesta; sacó de un mueble bar una botella de Carlos III y una caja de puros. Le sirvió una copa al coronel, al cual no le gustaba nada el coñac, dicho sea de paso, y le puso un puro en la boca al que acercó una cerilla encendida. El coronel Díaz Agüero, que en su vida apenas había bebido brandy y fumado en un par de bodas, se preguntó cómo era posible que de pronto y sin saber por qué tuviera una copa en la mano y un veguero en la boca echando humo.

—¡Pero chupe, hombre, chupe!

El coronel chupó y un humo espeso y desagradable le entró en la boca. Tosió. El general se incorporó ligeramente y lo miró con extrañeza.

—¡Muy rico! ¡Muy rico! —dijo el coronel Díaz Agüero—. Ocu-
rre que ando algo resfriado.

—Pues nada, nada, dele usted al Carlos III y ya verá cómo se le
pasa rápido, el resfriado. No hay nada mejor, créame.

El coronel miró su copa con angustia. Dio una calada a su puro
y expulsó el humo sin tragárselo.

—¿Qué? ¿Qué le parece el habano? Viene directo de Cuba.
¿Impresionante, eh?

—Sí, sí, mucho...

El general se quedó entonces como en babia un ratito, miran-
do hacia el cuadro de la pared de enfrente, pensativo, mientras el
coronel se preguntaba dónde narices habría un cenicero para dejar
aquel horrible puro.

—¿Usted conserva amigos de la infancia, coronel? —dijo al
fin el general—. Quiero decir... amigos de cuando tenía ocho o
nueve años.

El coronel Díaz Agüero abrió los ojos mucho. ¿Había oído
bien?

—Er... La verdad, no... creo.

—Pues no sabe usted lo bonito que es. Las amistades que nacen
en la infancia y perduran toda la vida son hermosas, muy hermo-
sas... Míre, le voy a enseñar algo.

El general se levantó del sofá y fue a coger una especie de álbum
que había sobre un mueble al lado de la gran chimenea. El coronel
aprovechó el momento para verter el contenido de su copa y dejar
caer la ceniza del puro en la pecera. Los pececillos se lanzaron
como fieras a por lo que caía.

El general regresó con el álbum y se sentó de nuevo junto al
coronel, que se empezaba a preguntar si aquel tío estaba en su sano
juicio. ¿No le habían hecho hacer casi medio millar de kilómetros
para enseñarle fotos antiguas, no?

—Míre, coronel, le voy a enseñar unas fotos de cuando era pe-
queño...

Pues sí...

—Vea, vea —dijo el general—, aquí tenía yo seis añitos.

El general le mostró al coronel Díaz Agüero una foto en la que había un nene pequeño, bastante gordito, que agarraba por la oreja un peluche del Topo Gigio.

—¿A que era guapo, eh?

—Sí, sí, mucho... —dijo el coronel, convencido de que su interlocutor no podía referirse más que al Topo Gigio.

El general estuvo un ratito pasando las hojas del álbum, observando las instantáneas, emitiendo pequeñas exclamaciones de satisfacción. De pronto su sonrisa se ensanchó.

—¡Ah! ¡Aquí está! ¡Mire usted esto!

Ahora, en la foto que tenía delante, el coronel vio que había dos niños de unos doce años bastante poco agraciados y de los cuales lo último que podría decirse es que estuvieran mal alimentados. Algo había que comentar.

—¡Qué simpáticos! —dijo el coronel.

—Este de aquí soy yo —dijo el general señalando con el índice al niño de la izquierda—, y este es mi mejor amigo de la infancia, Teodorito Sanmillán. Vivíamos en el barrio de San Blas. Los dos venimos de familias modestas, como ve, pero ambos hemos llegado a ser algo en la vida a pesar de las grandes dificultades que hemos encontrado...

—...

—¿No me pregunta cuáles han sido esas dificultades, coronel?

—¿Eh? Sí, sí, claro. ¿Cuáles han sido?

—Pues hágase una idea: dos niños procedentes de familias humildes las cuales tuvieron que sacrificarse trabajando duramente para que sus hijos tuvieran la mejor educación posible...

Tras unos segundos de abstracción durante los cuales el general pareció evocar los bulliciosos tiempos de su infancia junto a Teodorito en el popular barrio de San Blas, el hombre cerró el álbum, se levantó del sillón y fue a dejarlo de nuevo en el mueble junto a la chimenea.

—Desde que éramos pequeños hasta hoy en día, Teodoro Sanmillán y yo hemos conservado nuestra amistad, una amistad de

la que me enorgullezco. Y eso a pesar de que nuestras vidas han seguido caminos muy diferentes...

—...

—¿No me pregunta cuáles han sido esos caminos, coronel?

—¿Eh? Sí, sí, claro. ¿Cuáles han sido?

—Ya ve lo que yo soy; ¿qué voy a contarle acerca de mí que usted no sepa o no pueda ver con sus ojos en este momento? En cuanto a Teodorito... digamos que se decantó por la intelectualidad, por el conocimiento...

—...

—¿No me pregunta qué tipo de conocimiento, coronel?

—¿Eh? Sí, sí, claro, claro... ¿Qué tipo de conocimiento?

—Pues Teodoro estudió Económicas y Derecho, nada más opuesto como ve a lo que hice yo. Se doctoró en ambas carreras y con el tiempo alcanzó una cátedra... No me pregunte qué es una cátedra, porque no lo sé, pero tenía que haber visto lo orgulloso que estaba cuando se la dieron. Me invitó a cenar con nuestras respectivas señoras para celebrarlo en un restaurante del Retiro. ¡Qué contento estaba!

—...

—La pega fue que para aceptar el cargo tenía que trasladarse a Asturias, a la universidad que tienen allí. Eso fue hace mucho. Hay que decir que perdimos algo el contacto, aunque siempre que viene por Madrid se acerca a vernos... a mí y a mi señora. Hace unos años, a Teodoro lo nombraron rector de su universidad...

—...

—¿No me pregunta por qué le estoy explicando todo esto, coronel?

—Estoy convencido de que tendrá vucencia sus buenas razones, mi general.

—Las tengo, las tengo... Hace unos días Teodoro me llamó por teléfono. Por lo visto tienen un problema grave en la universidad.

—¿Un problema? ¿De qué tipo?

—Prefiero que eso se lo explique Teodorito. He quedado con él para comer en el restaurante El Tormo, en la Travesía de las Vistillas, 13. A la una y media. Usted sabrá encontrarlo, sin duda. Nos veremos allí. Aproveche el tiempo, visite Madrid, que es muy bonito.

El general se incorporó, dando por finalizada la conversación.

—Lo voy a acompañar hasta la planta baja que a esta hora siempre me tomo un café con un cruasancito. No crea que solo desayuno eso, no... Como algo más sólido antes, a eso de las nueve, pero claro, a esta hora ya noto un cosquilleo...

El general, mientras se ponía su chaqueta cargada de condecoraciones, vio que el coronel miraba atentamente la pecera en la que los peces estaban aparentemente más alegres que de costumbre.

—¡Qué feliz la vida de los peces! ¿No le parece, coronel?

